

El perico donde sea es verde

>Raúl Armando Hernández Glory*

Como si hubiera visto al mismísimo patrón del cielo, *Perico* quedó petrificado cuando su más grande ídolo atravesó la puerta de la sastrería: Pedro Infante, el legendario artista mexicano.

Elegantemente vestido con un pantalón de gabardina café, guayabera blanca de manga larga y zapatos de piel, el carismático actor se dirigió muy campechanamente a Perico:

—Hola muchacho, buenos días, ¿se encuentra el maestro Teo?— le dijo con esa sonrisa amigable que inmortalizó su rostro.

Perico enmudeció al tiempo que peló más los ojos, hasta que la acentuada voz norteña del cantante, sin perder el tono amigablemente bronco le taladró los oídos:

—¿Entonces qué?, ¿está?, ¿no está? o ¿qué carambas se hizo ese diablo...?

El muchacho reaccionó aún absorbo y finalmente le pudo comentar que su jefe había salido a la esquina a “echarse unos tamales rojos”, de modo que lo invitó a tomar asiento para esperarlo.

—Ahí está el periódico de hoy por si le quiere echar el lente.

—Gracias, gracias, así está bien. Tú eres nuevo ¿verdad?, ¿cómo te llamas?—preguntó el actor

—Me llamo Pedro, pero me puede decir *Perico*... mi mamá me puso Pedro por el santito que abre las puertas del cielo.

—¡Ah, diooooo... no me digas...!, pos entonces somos tocayos...

—¿Verdad que usted es Pedro Infante?— inquirió ingenuamente el aprendiz de sastre despertando una brutal carcajada en el visitante.

Después de despejar su curiosidad, *Perico*, ya entrado en confianza, le platicó que había visto todas sus películas, comprado muchos de sus discos y que a su hijo le había puesto Pedro “más por usted que por mí”; mientras el ídolo le celebraba con su clásica risa escandalosa.

Al llegar el sastre, Pedro Infante se paró de inmediato, se saludaron con el afecto de dos viejos amigos y entonces le platicó del motivo de su visita. *Perico* no perdía detalle y se emocionaba al escuchar que el actor quería que en la sastrería le confeccionaran un traje de charro de gamuza.

—¿Lo quieres parecido al último que te hice?

—¡Ándale! Nomás que en azul marino y ‘ora las botonaduras serán en plata y el chaquetín menos suelto.

—¿La corbata?—preguntó Teo.

—La corbata de seda que sea en verde... mira, como este tono que tiene aquí— dijo Pedro señalando una frazada sobre la mesa de trabajo.

El sastre dio la indicación a *Perico* de tomarle medidas al cantante, a lo cual acudió gustoso. Don Teo, un hombre entrado en años, dirigía la acción de cerca para verificar que su ayudante lo hiciera bien, mientras anotaba en su libreta los datos. *Perico*, se esmeraba como aquel que estuviera vistiendo a un santo de iglesia.

Imaginaba que al hacer bien ese trabajo significaría su ingreso al mundo del cine, confeccionando la ropa para las películas de sus actores favoritos. Se veía en charlas interminables con Pedro Armendáriz, fumando un cigarro con el “Indio” Fernández, tomándose un café con doña Sara García, cantando en la sastrería junto a Tin Tán y su carnal Marcelo. Soñar era la afición de Perico y como sucede en muchas ocasiones, a veces soñaba hasta lo que no soñaba.

Después de que le tomaron las medidas, Infante se despidió de don Teo y quedó de verlo nuevamente a la vuelta de un mes.

—¿Ya lo tendrás para entonces?

—Desde antes Pedrito, ya sabes que le pondré ganas —comentó animado el sastre.

—Ta’ güeno Teo, pues te veo en un mes pa’ probármelo y ajustar los detalles... ahí nos vemos tocayito —concluyó el actor despidiéndose a lo lejos también de *Perico*.

Perico no podía ocultar su emoción, ya de regreso a su hogar cantaba alegremente estrofas de las canciones del charro sinaloense que se le venían a la mente. Cuando llegó a casa, corrió a la cocina, se recargó en la puerta y le cantó a su esposa henchido de entusiasmo:

“Amorcito corazón, yo tengo tentación... de un beso”...

Julia, algo apurada con los quehaceres de la cena se resignó a voltear y en señal de indiferencia se limitó a decir:



¡Ay, los que se quedaron!

31 Cinzontle

—¡Ah!, ¡qué bueno que vienes!, prepárale la mamila a *Periquito* antes que empiece a llorar, ya le toca...

El desilusionado hombre no tuvo más que preparar la mamila, pero esta vez mientras chiflaba “Qué te ha dado esa mujer”. Para la hora de ir a la mesa había recuperado su emoción y comenzó a platicar los detalles de su afortunado encuentro con el cantante.

La esposa, por fin, estaba tan emocionada como él, le saltaban los ojos, sonreía, preguntaba cuanta tontería se le venía a la cabeza, que si le viste la placa metálica que tiene en la frente, que si está muy alto, que si se echaba sus tragos, en fin, todas las incógnitas que los fanáticos desean descubrir de sus ídolos en carne propia.

La volcada emoción de Julia logró que al siguiente día toda la vecindad supiera de la “amistad” entre *Perico* y Pedro Infante. “Mira, si hasta camina igualito” comentaban Teté y la Lolis, una burda imitación de *La guayaba* y *La tostada* en estado sobrio, inquietas también de aquel pobre caserío; al ver salir al ayudante del sastre.

Por si fuera poco, ya en camino a su escuela, Pepito soltó la mano de su mamá para ir a tocar al “amigo” del ídolo de México. *Perico* le acarició el cabello y de forma casi paternal le dijo: “Estudia mucho, Pepito”. El niño sonrió como si hubiera recibido la bendición papal y tomó de nuevo la mano de su madre para continuar su trayecto.

Perico sentía que las miradas y *habladurías* de su barrio giraban en torno a él. Era su momento, aquellos quince minutos de gloria a los que hizo referencia Andy Warhol. El éxtasis emotivo alcanzó su máximo nivel cuando Laura y Elena, las *chamacas* más guapas de por la redonda se acercaron a saludarle y preguntarle primero por *Periquito*, su hijo, para después entrar en detalle.

—... y... *Perico*, ¿es cierto eso que conoces a Pedro Infante? —indagó una de las bellezas.

—Bueno... titubeaba al responder, hasta que agarró aire para completar —le confecciono sus trajes, su ropa ¿verdad?, somos *cuadernos*, imagínate

si no... —se animó a decir ya con un gesto presuntuoso.

La imaginación mitigaba las frustraciones del joven que comenzaba a satisfacer su vida dejándole el mando al estado onírico que evolucionaba en su interior, excelso en creatividad, rico en circunstancias y momentos que nunca fueron, ni serían jamás.

Quizá, fue la razón por la cual *Perico* platicó a Laura y Elena de las clases de guitarra que estaba tomando con el actor, cuando éste llegaba a la sastrería. Aquellas mujeres quedaron tan impactadas que al poco tiempo se convirtieron en las *chorreadas* del ayudante de sastre quien ganaría su voluntad carnal con las canciones que les cantaba.

La popularidad de *Perico* crecía de la mano de una reputación de *mujeriego* que al parecer disfrutaba e incrementaba su mal fundado ego viril.

—Oye manito, la Julia ya supo de tus *chorreadas* esas que viven por la

Merced, ponte abusado —le advertía *Toño tomates*, su mejor amigo.



Antojo que devuelve.

32 Cinzontle

—No hay problema hombre, mi viejita me quiere así —respondía el sastrecillo, cada vez más dueño del papel de Pedro Infante.

La mejoría en su forma de actuar lo había llevado no sólo a tocar guitarra y cantar sentado en la banqueta a la puerta de su casa *pa' que todos me disfruten*, sino que ahora usaba un bigote delgado que corría a lo largo de la comisura de su labio superior y se rasuraba la parte izquierda de la frente para que se notara el parecido.

Perico quería dejar de ser él para ser un nuevo *Perico*, uno más querido. Julia preocupada veía cómo su marido le hacía ahora a la carpintería vestido en un overol y una camisa a rayas además de que en sus tiempos libres se iba a entrenar box a un gimnasio de Tepito. Ella podía perdonarle hasta sus infidelidades, menos que le llamara *Torito* a su hijo, “*se llama Periquito*” insistía cada vez que el papá se dirigía con ese mote al escuincle.

Culminado el plazo de un mes, el actor visitó nuevamente a don Teo y al arribar a la sastrería *Perico* lo recibió muy emocionado. Infante notó inmediatamente los cambios del ayudante de sastrero y sin poder evitar la curiosidad le preguntó:

—¡Qui'hubo muchacho!, bueno, ¿qué te hiciste que te ves cambiado?

—Pos nomás algunos detalles, pa' homenajearlo a usted —respondió ingenuamente con un acento levemente norteco.

El cantante se rió mientras le palmeaba los brazos, ahora más robustos.

—No necesitas hacer eso pa' homenajearme, yo soy un mortal cualquiera... —le dijo mirándolo fijo y sonriendo sutilmente al final para que notara que le hablaba con franqueza.

Inmediatamente, al saber que don Teo andaba otra vez “echándose unos tamales” le pidió que fuera a buscarlo pues tenía algo de prisa, “mientras, te cuido el changarro”, le prometió. *Perico* salió de prisa por su patrón, quien llegó todavía con su jarrito de champurrado de chocolate.

Rápidamente el actor se probó el elegante traje de charro, su generosa figura le hacía ver como lo que hasta ahora ha sido, el icono natural del mexicano. Se vio al espejo en todos los ángulos mientras don Teo le marcaba con alfileres algunos dobles en las mangas y los extremos del pantalón.

—Los detalles los tendré a la brevedad Pedrito, con suerte y mañana mismo —le aseguró el sastrero.

—No importa Teo, yo salgo al rato a Mérida, si ya Irma me está esperando en la Casa de los azulejos para irnos, no sé exactamente cuándo volveré, pero guárdamelo aquí ese *tiempecito*, paso por él a mi regreso —le propuso el actor.

Perico no perdía atención a la plática mientras sostenía delicadamente el chaquetín del traje en su manos. En ese mismo instante sentía que éstas le ardían, su cerebro revoloteaba y el corazón latía con fulgor, la posibilidad de que ese traje le perteneciera por unos días aparecía en su mente.

Y así fue, esa noche, muy escondido en una bolsita salió el traje de charro, que estrenaría horas después en Garibaldi a donde fue con *Toño tomates* para contratar un mariachi que le acompañaría en la serenata para sus *chorreadas*. A decir verdad el traje le asentaba bien y a esas pequeñas imperfecciones que no le acomodaban al dueño, *Perico* le puso remedio con unas cuantas puntadas.

De casa en casa, llevaron la música a todas partes, con la primera voz del propio *Perico*, quien robaba besos, mordía labios y enjugaba suspiros en todas las ventanas, incluyendo la de Julia. “Esa es mi catedral” pregonaba el nuevo charro, que a lo lejos, y vién-

dolo con ojos de cariño, sí lograba convencer a uno que otro incauto haciéndole creer que se trataba del doble del ídolo mexicano.

—*Perico*, gracias por la serenata, estuvo bonita, pero ya, ya párale con esto... seguramente vienes de ver otras chamacas, ya no me engañas... —reclamaba la esposa del sastrecillo.

—Viejita chula, de unos cariñitos nomás, pero es para que sepan quién soy...

—¡Un sinvergüenza simplemente!, no eres nadie más, déjate de tonterías y dedícate a crecer bien al *Periquito*, necesita de un papá de a de veras —le dijo con los ojos llorosos, al tiempo que cerraba la ventana.

Perico, volteó a ver al mariachi con cara de inocente, les liquidó el servicio y se marcharon del lugar. Toño se despidió también, mientras el sastre entró a su casa, dio un beso a su hijo y se acostó junto a su mujer quien inmediatamente volteó su cuerpo dándole la espalda.

A la mañana siguiente *Perico* quitó los puntos al traje, lo envolvió y se fue rápidamente a la sastrería antes que llegara su patrón, para dejar todo en su lugar. La historia se repetía casi a diario, el traje incluso ya había sido arreglado por Teo y colocado en un sitio seguro para que nadie lo estropeará.

Pasaron las semanas, hasta que una tarde el viejo sastre llegó bastante consternado a su local con un diario vespertino entre las manos. *Perico* no entendía qué pasaba, se limitó a ver cómo tomaba un vaso de agua apuradamente y le seguía sin perder detalle hasta que don Teo lo miró y dijo muy desolado:

—Pedro Infante murió hoy en Mérida...

El golpeteo con el suelo de las lágrimas del sastre hacían eco en el lugar, después se harían acompañar del golpeteo del corazón de *Perico*, quien sentía que le habían arrebatado abruptamente a un ser querido. Intempestivamente apareció muy desconsolada Brígida, la tamalera:

—Don Teo... Don Teo... Pedrito, Pedrito... se nos fue... —lloraba como una criatura.

En el desconcierto, *Perico* tomó el traje de charro y salió corriendo. En la calle se dio cuenta que la noticia se expandía como epidemia. Muchas mujeres y hombres manifestaban su tristeza de forma inusual en algunos casos. Al llegar a su vecindad sintió la mirada triste de la gente.

En su casa, Julia le abrazó llorando y hasta el mismo *Periquito*, sin entender lo que sucedía, comenzó a llorar. *Perico* se fue a poner el traje, se acomodó frente al espejo, donde había pegado una foto de su ídolo y puso mucho cuidado en arreglarse lo más parecido al cantante.

La semejanza era extraordinaria. La propia Julia, se asustó al pensar que estaba viendo un fantasma. Tan atónita estaba que ni siquiera preguntó a dónde iba cuando le dio un beso para despedirse.

Perico se perdió ese día por la ciudad, anduvo extraviado, sin guía, como muchos de nosotros al rondar las horas de la cotidianidad; cuando se dio cuenta, la oscuridad arribó para ponerse a tono con el sentimiento que aquella tarde atormentaba al gigante de hierro y concreto que dibuja el centro histórico capitalino.

Una mariposa nocturna, compadecida y hasta admirada de aquel hombre tan parecido al difunto ídolo del cine le dio alojamiento, no sin antes envolverlo en su capullo, para que no pernoctara en la calle en medio de la borrachera que le atarantaba todo el cuerpo.

Con una cruda que le acalabraba los músculos, *Perico* se despertó por la mañana, se bañó, se puso su traje con todo y sombrero, agradeció a su hospitalaria amiga con un beso y de inmediato recorrió la ciudad hasta donde pasaría el magno cortejo que llevaba los restos del cantante.

Las horas transcurrieron con prisa sin que *Perico* lo sintiera, mas todo su panorama cambió cuando se acercó al mar de gente que esperaba ver pasar los restos de su ídolo. Al mirarle,

muchas mujeres se cuchicheaban al oído cosas como: *velo, es él, claro que es él, te dije que era puro cuento nomás para alborotar la próxima película.*

En unos minutos la gente se había arremolinado sobre *Perico*, eran empujones para todos lados, jalones, se abalanzaban unos sobre otros tratando de tocar a quien creían era su Pedro, su Pedrito. *Perico* se entusiasmó en principio pero al poco rato comenzó a desesperarse y a gritar asustado. Trataba de escabullirse pero cada vez era más gente la que estaba a su alrededor.

La revolución fue tal, que muchos ni notaron que en esos instantes pasaba la carroza fúnebre. *Perico* gritaba a todo pulmón:

—¡Yo no soy Pedro Infante, yo no soy Pedro Infante!, ¡ya déjenme chingados!

Aún más gente llegaba, escuchaban que alguien gritaba el nombre de Pedro Infante y pensaban que allí estaba el ídolo. Como sucede después de las grandes manifestaciones populares, poco a poco aquella humanidad se fue desconcentrando.

Se separaron de manera abrupta algunos, sin entender nunca lo que pasó y cuando finalmente se desvaneció el tumulto, aquella irracional muchedumbre se perdió en el anonimato del solitario individuo. En el sitio sobre el cual habían rodeado a *Perico* no quedaba nadie, no quedaba nada, casi nada.

Algo rasgada, escurriéndose a los caprichos del aire, volaba apenas, despegada del suelo, la corbata de seda color verde de aquel traje de charro que no regresó más a su dueño, la que nunca pudo abrigar al eterno motivo de su transitoria existencia.

Mientras a lo lejos, entre las pizcas de una delgada lluvia se veía caminar perdidamente a un hombre desnudo, quien cubriéndose del frío con sus propios brazos, con la piel barnizada en finos hilos de sangre que escurrían perennes, balbuceaba agriamente una melodía: ... “pa’ mí la vida es un sueño y la muerte el despertar...”